

MUÑOZ MARTÍNEZ, R.: *Elogio de la contemplación. Trazos de una medida imposible*. Sevilla: Ediciones Anaquel, 2012. 185 páginas.
ISBN: 978-84-939742-1-3

María del Carmen Molina Barea
Universidad de Córdoba (España)

Hay libros que son un ejercicio de pensamiento. Al declarar lo anterior, no nos estamos refiriendo necesariamente a las grandes obras de la Filosofía o la Literatura, sino en realidad a aquellos libros dignos de ser considerados esfuerzos de reflexión y ejemplos de lo que Martin Heidegger denominó “pensar meditativo”. En 1955, en Messkirch, pronunciaba el filósofo de la Selva Negra una conferencia recogida posteriormente con el título de *Serenidad*, en la que distinguía dos modos de pensar, más bien, dos tipologías de pensamiento: el pensar calculador y el pensar meditativo. Según Heidegger, el primero es el que triunfa en el mundo eficiente y técnico actual, mientras que del segundo rehúye, como tónica general, el hombre contemporáneo. (Heidegger, M.: *Serenidad*. Barcelona: Ed. del Serbal, 2002, p. 19). Pues bien, testimonio esperanzador de que aún no ha caído en la completa extinción el cultivo de este pensar meditativo añorado por Heidegger es el libro de Rubén Muñoz Martínez que se reseña en estas páginas. El autor, que es Doctor en Filosofía por la Universidad de Sevilla y miembro de la Asociación Andaluza de Filosofía, compone en su *Elogio de la contemplación* una personal miscelánea de pensamientos anotados, que constituyen agraciadas tentativas de intuición y una sincera invitación a la contemplación, que da origen y justificación al propio título.

Una perspectiva sosegada ante la realidad, la vida y el hecho creativo, a la vez curiosa mirada, preñada de interrogaciones -sustento mismo del pensar-, atraviesa las páginas de este libro, habita los textos que lo integran, y se convierte en la actitud convocada para su lectura. Palabras como “arte”, “poesía”, o “silencio” son términos caros a la particular concepción de esta obrita, que no cae en proponer argumentos densos o inabarcables teoremas filosóficos -pues no es tal su finalidad-; sino que, en contraposición, aúna un conjunto de textos de corta extensión, un compendio de *ideas y experiencias reflexionadas*,

agrupadas en varias secciones que proporcionan fiel reflejo de las preocupaciones cognitivas, inclinaciones estéticas y compromisos meditativos del autor. En este sentido, el libro de Rubén Muñoz Martínez no incurre en la problemática advertida por Heidegger en la citada intervención de Messkirch, en la que prevenía también del riesgo del pensamiento meditativo de “elevarse” a lo trascendente, alejándose con frecuencia de la cotidianidad de la existencia. Por el contrario, el *Elogio de la contemplación* se adosa a la vida y habilita una vía llana de acceso a la reflexión, con puntos de partida en asibles *acontecimientos* del pensar y del saber literario y artístico del autor. Así pues, el libro aúpa al lector a adoptar la práctica de la reflexión *vivida* en las cosas cercanas y con base en la cultura; actitud hoy día tan necesaria como postergada.

De diferente naturaleza son otros libros de Rubén Muñoz, autor asimismo de *Tratamiento ontológico del silencio en Heidegger* (2006), o *Resonancias y silencios de la palabra. La significación ontológica de la palabra en Heidegger* (2011). Junto al Catedrático de Filosofía Antonio Durán, coordina y prologa *IncurSIONES en lo sagrado* (2012), volumen en el que podemos hallar su contribución “Hacia la experiencia plástica de lo sagrado”. En la actualidad ultima su próximo libro, *Gramáticas del silencio*. Por lo que respecta al *Elogio de la contemplación*, éste se separa sustancialmente de estos trabajos del autor en lo que de personal y asequible tiene su planteamiento. Conforma, como se ha señalado, un recorrido por aspectos reflexivos a propuesta del autor, esbozados coherentemente en escritos de breve extensión que invitan a una lectura amable y facilitan el seguimiento por parte del lector, convertido así en partícipe de pensamientos enriquecedores suministrados en reducidas dosis de dos o tres páginas. De este modo, el libro se nos presenta casi como un *breviario filosófico* compuesto de pequeñas meditaciones que abarcan lo cultural, lo sensorial, lo intelectual, y arriban a puertos que buscan atracar en lo ontológico y en lo creativo fundamentalmente. En cuanto a su estructura, cuenta con un “Prólogo” de Jaime Rodríguez Sacristán, seguido de una “Presentación” del autor. El cuerpo del contenido se articula en siete apartados de “Notas dispersas” que reúnen los textos de corta extensión ya referidos. Se incorpora también un apéndice de “Apuntes poéticos” del propio autor, que ilustra su faceta como escritor poético, y que viene a respaldar cual perfecto engarzado lo que antes había sido expuesto en prosa. El libro se complementa finalmente con una lista de “Bibliografía esencial”.

El apartado I de “Notas dispersas” se inicia con el texto “¿Por qué pensar?”, en el que el autor se cuestiona sobre la “*utilidad*” del pensamiento, si merece la pena o si se trata de una “pérdida de tiempo”, como parece defender el sistema imperante, que desestima los beneficios del pensar reflexivo frente a la rentabilidad del pensar práctico. En sus palabras: ‘¿quién es más útil, el poeta o el especialista en alguna disciplina técnica? Lamentablemente me conozco la respuesta.’ (p. 32). Esta misma idea es continuada en “El auténtico

significado de lo útil”, texto que evidencia la opinión del autor en esta disyuntiva: ‘Yo me quedo con la inútil poesía de Lorca, los improductivos pensamientos de Unamuno y los infructuosos lienzos de Velázquez. ¿Seríamos hoy día lo que somos si estos creadores hubieran abandonado su vocación por una profesión más *productiva*?’ (p. 47). Muy en línea de la crítica a esta “productividad” que el mecanismo social nos impone cada vez de manera más rutilante, encontramos “La insoportable levedad de la existencia contemporánea”, que recoge el lamento del autor por nuestro ritmo de vida, el cual somete a dura marginación el tiempo dedicado al pensar. Resultado de ello es lo que se pone de manifiesto en el ensayo “La gravedad de la levedad”, donde clama la alarma del autor ante el régimen de la palabra vacía, de la capacidad demagógica de hablar sin decir nada y encandilar al -ignorante- auditorio. Se trata, en definitiva, del peligro de la falta de cultura, de cultura crítica, que remarca el autor. Hemos perdido la palabra; la palabra que nos constituye. Y no debe olvidarse que nuestro hábitat es el lenguaje. ‘Por eso, el lenguaje es a un tiempo la casa del ser y la morada de la esencia del hombre.’ (Heidegger, M.: *Carta sobre el Humanismo*. Madrid: Ed. Alianza, 2000, p. 86).

Si el apartado I comenzaba con un “¿Por qué pensar?”, el II lo hará con su consecuencia lógica: “¿Por qué escribir?”. Las respuestas que da Muñoz Martínez a esta pregunta son múltiples, cada cual más válida: se escribe por demanda imperiosa de creación, por necesidad de expresión, por voluntad de resistencia, por terapia de autoconocimiento y, sobre todo, por el afán de comprender lo que nos rodea. Considerando en dicho marco el fenómeno mismo de la escritura, el autor da forma a varios textos centrados en el hecho poético, como “El acto de escribir...o de desnudar el alma”, “La desnudez de las cosas en el decir sugerente del poeta”, y “La verdad del poema...o la desnudez del *logos*”. En todos ellos se aprecia la convicción del autor en la verdad de las cosas que asiste a su revelación por medio del decir poético. El poeta aparece aquí como el individuo que entra en *diálogo silencioso* (p. 56) con la realidad y que es capaz de rozar la verdad de las cosas, y de desvelarla, aun envuelta en su personal lenguaje connotativo. El poeta es por excelencia el encargado de “escuchar el decir del ser” (Muñoz Martínez, R.: *Resonancias y silencios de la palabra*. Sevilla: Grupo Nacional de Editores, 2011, p. 61); el encargado de escuchar ese “silencio hablante cargado de significado” (Muñoz Martínez, R. y Durán, A. (ed.): *Incursiones en lo sagrado*. Sevilla: Ediciones Anaquel, 2012, p. 187).

El apartado III recopila escritos centrados en la creación artística, como “El esfuerzo de la creación” y “La experiencia del vacío en la creación”, que abordan el misticismo vital y sacrificio creador en la obra de artistas como Miguel Ángel, Mozart o Chillida. Citaremos también “El silencio ante la obra maestra”, que bucea en la riqueza de significados ontológicos que encierra ese primer silencio que nos suscita el encuentro auténtico con la obra de arte. Pero entre ellos destaca especialmente el titulado “A vueltas con el arte”. Aquí el au-

tor explicita su modo de aproximarse a la comprensión de lo que el arte entraña en cuanto al *ser*: ‘Básicamente y gracias a pensadores como Hegel, Heidegger o Kandinsky, asumo el arte como esa actividad humana que pretende *traer a presencia de un modo particular y significativamente primigenio* aquello de lo que trata. Cuando un artista *trae a presencia una realidad* a través de su obra, lo hace de tal manera que consigue situarnos delante de la misma como si fuera la primera vez que la contemplamos.’ (p. 69). Así, bajo una clara impronta heideggeriana, concibe la obra de arte como el ámbito privilegiado para el *acontecimiento de la verdad*, para una efectiva relación vital, de *co-existencia*, o *Dasein* en la que se produce el *des-velamiento* o *des-ocultamiento* de la verdad de lo ente (*alétheia*). No en vano, decía Heidegger en *El origen de la obra de arte* que el arte es un medio para *poner-en-obra-la-verdad*; un medio de acceso y de *instauración* de la verdad.

Más eclécticos son los apartados restantes, que abarcan temas en torno al saber universal, la admiración por los grandes creadores y el don de la genialidad, caso de la sección IV, que compila también ensayos dedicados al eco siempre presente de “los Clásicos” y al apreciado “mundo de los libros”, compañero inseparable en el camino de la vida que permite al autor habitar en esa “conversación con los difuntos”, a la que alude a través del verso de Quevedo. Por su parte, el apartado V desarrolla distintas visiones de temática artística con un abanico de textos que tienen por protagonistas a Velázquez, Bach, Rothko, Pollock, o Woody Allen; mientras que la sección VI constituye un muestrario de los intereses filosóficos del autor, que recorre con fascinación la ruta jalonada por Hegel y Heidegger, sin desatender, por otro lado, la implicación metafísica del ser en el acontecer del evento (*Ereignis*) a través del *decir no hablado*, tal y como se aprecia en el texto de título “Silencio”. Para terminar, el apartado VII supone una mezcolanza de reflexiones basadas esencialmente en afectos, en la rememoración de rincones de ciudades visitadas en el pasado, y en el amor, siempre el amor, brotando como *leit motiv* final. Y así, decíamos antes que hay libros que son ejercicios de pensamiento. ‘Este libro está hecho para hacer pensar’, comenta el prologuista (p. 17). Pero también, es un libro *para compartir el pensar*. Una obra que pretende hacer pensar, pero -y he aquí donde radica su principal virtud- a modo del interlocutor con el que mantener el diálogo silencioso de la contemplación, canalizado en este libro de afable trato, reconfortante naturaleza y loable carácter.